

es tambien como el hombre creyendo , sin ser forzado á ello, por una evidencia intrínseca é invencible, rinde voluntariamente á Dios un homenaje digno de él; la verdadera adoracion en espíritu y verdad, que consiste en reconocer la dependencia infinita en que está nuestra razon de la divina , con una sumision perfecta á su palabra.

No bastaba sin embargo haber promulgado la verdad, era tambien necesario proveer á su conservacion, porque su reino debe ser eterno; era preciso preservarla de todo vicio ó mezcla de error, y hacerla accesible y de fácil conocimiento á todos los hombres por un camino análogo á su naturaleza. Jesucristo, ó el Mediador llenó maravillosamente este grande objeto; y en el medio que escogió se admira al mismo tiempo, lo uno, el profundo conocimiento del hombre que solo puede pertenecer á un ser sobrehumano, y lo otro, aquel hermoso carácter de unidad, particularmente propio de las obras de Dios. Y en efecto; ¿qué hace? ¿Escribe su doctrina en un libro? ¿Se empeña en fortalacerla con tales y tantas pruebas de razon, que el espíritu humano se vea en la imposibilidad de rehusarla su adhe-

sion y consentimiento? He aquí, sin duda, lo que un filósofo hubiera tratado de hacer. ¿Pero quién no ve, que, atendida la flaqueza de nuestro espíritu, esto hubiera sido abrir un campo mas vasto á las dificultades, y que, dirigiéndose así á la razon del hombre, y autorizándole desde luego para no admitir sino lo que concibiese plenamente, se habria levantado una barrera invencible entre él y el Ser incomprendible? Jesucristo, desdeñando todos los apoyos vanos de las opiniones humanas, desciende hasta el fondo de nuestra naturaleza, para cimentar en él, el fundamento de la perpetuidad de la Religion. Conserva la verdad en el pensamiento del hombre, como el pensamiento mismo se conserva por la palabra transmitida; y para asegurar su transmision, une con vinculos exteriores é indisolubles á aquellos que ha unido interiormente por la misma fe; les constituye en sociedad, bajo un gobierno cuya cabeza es él mismo, en una palabra, funda su Iglesia. Enviado por su Padre, envia él tambien á su tiempo pastores, que reviste de su autoridad: *Id y enseñad á todas las naciones; y sabed que yo estaré con vosotros to-*



dos los días hasta la consumación de los siglos. Y así como él decía de sí mismo: *El que me ha enviado es veraz, y yo digo al mundo lo que oí*<sup>2</sup>; así también dirán estos pastores: *El que nos ha enviado es veraz; y nosotros decimos al mundo lo que le hemos oído á él*. Como simples testigos deponen de lo que han oído á su maestro, y su testimonio no es otro que el de Jesucristo, que les ha prometido *estar con ellos todos los días*, sin alguna interrupción; del mismo modo que, el testimonio de Jesucristo es el de Dios que le ha enviado y dice de él: *Este es mi hijo muy amado: oídle*<sup>3</sup>. y por esto añade Jesucristo: *Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; y quien á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió*<sup>4</sup>. Para

<sup>1</sup> *Euntes docete omnes gentes.... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi. MATTH. XXVIII, 19, 20.*

<sup>2</sup> *Qui me misit, verax est: et ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo. JOAN. VIII, 26.*

<sup>3</sup> *Hic est filius meus carissimus: audite illum. MARC. IX, 6.*

<sup>4</sup> *Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem vos spernit, spernit eum qui misit me. LUC. X, 16.*

entrar en sociedad con Dios, ó según la expresión del Evangelio, *para hacerse Hijo suyo*, es pues indispensable recibir la verdad de la Iglesia, que la enseña, tal cual la ha recibido de Jesucristo, como Jesucristo la recibió de su Padre: recibirla con confianza, *fide*, porque este es para nosotros aquí bajo el único medio de poseerla; y la mas ligera duda seria una injuria á la autoridad infinita que la atestigua. Salid de aquí, haced que la razón intervenga para juzgar si ha de admitir ó desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, al punto el inmenso y magnífico edificio de la Religión transportado fuera de su propio cimiento, y estribando en esta frágil base, se hunde á plomo y oprime y destruye con sus ruinas la razón presuntuosa, que se habia creído capaz de sostenerle.

Siéndonos forzoso oír á la Iglesia, y apoyándose el orden de la sociedad espiritual sobre su testimonio, el de Jesucristo, y el de Dios, hay tres grados correspondientes de desorden, ó tres grandes delitos contra la verdad: porque se la puede atacar negándola, ya sea en el testimonio de la Iglesia, ya sea el de Jesucristo, ya



sea el del mismo Dios; negaciones que constituyen los tres sistemas generales de error, expuestos y combatidos en el principio de esta obra.

El primero, que es la heregia, consiste, segun la fuerza de la misma palabra, en *elegir* ó *escoger* entre las verdades reveladas, aquellas que mejor contentan la razon, desechando las otras ó como inútiles, ó como dudosas, ó como errores ciertos. Pero desde luego que se rehusa escuchar la Iglesia sobre un punto, ya no hay motivos para escucharla en ninguno. Su autoridad es indivisible como su testimonio, el que le recusa en parte le recusa en un todo. Créase lo que se crea, nada importa; la fe está desde entonces apagada; porque en lugar de someter su juicio á la ley de la verdad, se somete la verdad á su propio juicio. Por esto se trastorna todas las relaciones de la sociedad espiritual, se convierte la razon que debe obedecer, en autoridad que debe mandar; se trabaja por substituir la certidumbre de la evidencia á la certidumbre del testimonio; y transformando así la Religion en pura opinion, se destruye el fundamento mismo de las verdades que se pretende conservar; lo

que hace decir al apóstol: *el que quebrantare un solo punto de la ley, toda la ley quebranta*<sup>1</sup>: principio del mismo modo verdadero, ya se aplique á las costumbres, ó ya sea á la doctrina.

La heregia pues trastorna toda la economia de la mediacion. El herege negándose á creer por el testimonio de los enviados de Jesucristo, niega su autoridad y su mision. Se erige en juez árbitro del medio que el Mediador debió escoger para hablarle, y, por una consecuencia inevitable, se hace tambien juez de su palabra. Poniéndose sobre la Iglesia, se pone tambien sobre su cabeza, sobre el Hombre-Dios. Y como en realidad todo cuanto sabe de él, no ha podido saberlo sino por la Iglesia, por su tradicion y monumentos escritos; de ahí es que, dejando de creer á la Iglesia, sucede muy pronto, si es consiguiendo, que llega á no creer tampoco en el Mediador mismo, á negar su autoridad, su mision y su existencia; y este es el segundo sistema general de error, ó el deísmo.

<sup>1</sup> *Quicumque autem totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.* B. JAC. *Epist.*, II. 10.



Así como el herege no admitiendo la intermediación del cuerpo pastoral que enseña, quiere establecerse en relación inmediata con el Mediador, el deísta, desechando la mediación del Verbo encarnado, quiere establecerse en relación inmediata con Dios: tal es el carácter esencial de su doctrina. Niega el testimonio del Mediador, por quien solo conocemos á Dios, del mismo modo que el herege niega el testimonio de la Iglesia, por la cual sola conocemos al Mediador. Así va creciendo el desorden en el pensamiento del hombre, y esta imagen infiel de la Divinidad, dejando de reflejar sus perfecciones, se desfigura mas y mas. Porque pretender conocer á Dios de otro modo que por su Verbo, es querer conocerle como él mismo no se conoce; es querer, separándole de su sabiduría substancial, mutilar su esencia, y trasladar á él nuestra tenebrosa razón, para aclarar y ver los restos de su ser. Así en este caso se nos convierte todo él en una duda inmensa. Lo vemos cercado de misterios tan impenetrables, que no sabemos ni lo que es, ni si existe: «No es negocio de poca monta,» dice Rousseau, «conocer en fin que

« existe; y cuando hasta aquí hemos llegado, « cuando nos preguntamos. ¿Quién es? ¿Dónde está? Se confunde y se descarría nuestra inteligencia, y no sabemos qué pensar . . . »

Mas para que se comprenda todavía mejor hasta que punto es insensata la pretension de unirse á Dios, y conocerle por la pura razón, obsérvese que nosotros no conocemos de este modo ser alguno espiritual. ¿Cómo nos aseguramos de la existencia del alma en los demas hombres, sino por la comunicación de pensamientos? ¿Y no nos sería en un todo desconocido el pensamiento de otro, sino fuese revelado por la palabra? Sin esta revelación, nuestra alma eternamente solitaria viviria en una ignorancia absoluta, ó sin conocimiento alguno de los seres que la son semejantes. Ahora bien, si es necesario que el hombre hable al hombre para ser conocido por el hombre, ¿cómo conoceria á Dios, si Dios no le hablase? Buscando pues inútilmente al Ser infinito en su razón, incapaz de formar por si sola esta idea inmensa, acaba el deísta por negar á

*Emilio*, lib. IV.



Dios, á quien no comprende: y este es el tercer sistema general de error ó el ateísmo.

Hasta aquí el hombre conservaba algunos rasgos, aunque débiles, de semejanza con su Autor: el ateísmo acaba de borrarlos. Todos los fundamentos de la certidumbre, derribados de una vez, se hunden. Una noche profunda cubre el entendimiento; la razón titubeando entre tinieblas no sabe á que atenerse, y se sepulta en el escepticismo absoluto. Perdiendo á Dios, pierde el hombre todas las verdades. Este es el último término del desorden en el ser inteligente.

Temblemos á vista de este desorden: es mas horroroso todavía que podría ser el caos de la naturaleza, si apagándose el astro del día, se hallase repentinamente sepultada en una obscuridad impenetrable.

¿Quién podrá concebir la desgracia de una criatura sin Religión y sin Dios? Pero sobre todo, ¿quién podrá formar idea de la gravedad de su delito? Sectarios, deístas, ateos, no digais: ¿Cómo hemos de ser culpables en nuestro engaño, buscando sinceramente la verdad? Porque esto mismo es acusar á Dios, es suponer en él

voluntades contradictorias, es decir que, mandando al hombre creer la verdad le niega los medios de conocerla. Ni la ignorancia ni el error son un crimen en sí, una y otro pueden ser involuntarios. Ninguno pues es delincuente porque no sabe ó porque se engaña: y por esto mismo, porque el hombre ignora naturalmente, y se engaña con una facilidad tan lastimosa, es por lo que no ha querido Dios hacer dependa de su razón, sino de su voluntad, el conocimiento de las verdades necesarias. Todo lo ha concertado, todo lo ha dispuesto de manera que un testimonio de una autoridad infinita se las atestiguase en todo tiempo. Por tanto su voluntad resistiéndola, sin excusa, se ha hecho culpable de un crimen infinito, cuyo principio es un orgullo ilimitado.

Calvino, ¿dime con qué fundamento niegas tú la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la Iglesia toda cree y atestigua? — Fundado en mi razón que no puede comprender este misterio. — Luego el testimonio de los apóstoles y de sus sucesores, con quienes prometió Jesucristo *estar todos los días hasta la consumacion de los*



tiempos, deberá ceder á tu razon individual; y será preciso que la Iglesia, esta Iglesia, á la cual llama S. Pablo *columna y fundamento de la verdad*<sup>1</sup> haya mentido, porque tú no comprendes.

Rousseau, ¿dime con qué fundamento niegas tú la revelacion y el Mediador? tú que has dicho: « Los hechos de Sócrates, en los que nadie pone duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo<sup>2</sup>. » — Fundado en mi razon que no puede comprender la necesidad de la revelacion ni los dogmas revelados por el Mediador<sup>3</sup>. — ¿Segun eso el testimonio de tantos millones de cristianos, que han creído con pruebas de hecho, el testimonio mismo del *hijo de Maria*, cuya vida y muerte son de un Dios<sup>4</sup>, deberán ceder á tu razon individual; y será preciso que Jesucristo, el Verbo encarnado<sup>5</sup>, haya mentido, porque tú no comprendes!

<sup>1</sup> *Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis* Epist. I ad Tim. III, 15.

<sup>2</sup> *Emilio*, lib. IV.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se.*

Diderot, ¿dime con qué fundamento niegas tú la existencia de Dios, comprobada por la tradicion universal del género humano? — Fundado en mi razon que no puede comprender á Dios. — ¿Segun eso el testimonio unánime de los pueblos, que atestiguan de siglo en siglo un hecho revelado anteriormente, deberá ceder á tu razon individual, y será preciso que todo el género humano y el mismo Dios hayan mentido, porque tú no comprendes!

Luego es claro que el orgullo, un orgullo desmedido y al que nada amedrenta, es el crimen del ateo, del deista y el sectario. Al menos implicitamente todos tres niegan el testimonio de Dios, se declaran mayores y mas perfectos que él, erigiéndose en jueces de su palabra: verdadera idolatria de la razon humana, cuya última declaracion y confesion pública hemos visto en el culto de la Diosa Razon.

Al punto que se desconoce la regla, es indis-

*Qui non credit Filio, mendacem facit eum: quia non credit in testimonium quod testificatus est Deus de Filio suo.* JOAN. Epist. I, v. 10.



pensable llegar hasta este extremo; falta todo medio para detenerse; el principio arrastra, y cuanto mas vigor y rectitud tenga el espíritu, mas se ha de extraviar. Es una de las maravillas del Cristianismo, que no solamente nos ofrece la verdad; sino que nos asegura la posesion, y la defiende en el hombre contra el hombre mismo. Esto solo bastaria para probar la verdad de la Religion cristiana; porque el hombre no tiene en sí medio alguno para resistirse á sí mismo: lo que remedia la flaqueza de la naturaleza, es evidentemente superior á la naturaleza misma.

Pero Dios no se ha acercado al hombre por caminos tan admirables, para dejarle luego libre en alejarse de él. Si no tiene porque arrepentirse de sus dones, es, porque bien sean admitidos ó bien menospreciados, sabe sacar de ellos gloria, ya sea coronándolos con el último don que es el de la bienaventuranza eterna, ya sea alejando y desechando á su tiempo á los que le han desechado. Será la recompensa de haber amado aquí bajo la luz, poseerla y gozarla eternamente en su origen: *In lumine tuo vide-*

*bimus lumen* <sup>1</sup>. Mas á aquellos que la aborrecen y se complacen en las tinieblas de su inteligencia; ¡ó Dios! que les reservais, sino aquellas tinieblas horrorosas, de que está escrito: *illi habrá llantos y rechinamientos de dientes* <sup>2</sup>.

En segundo lugar la Religion ordena los afectos del hombre; arregla su amor del mismo modo que su inteligencia, enseñándole á proporcionarle al grado de perfeccion de los seres; y siendo así tambien el hombre bajo un nuevo respecto, imágen de Dios, acaba de formar en sí esta maravillosa semejanza, para la cual resolvió crearle el Todopoderoso.

Aquí tambien el Cristianismo se eleva sobre las doctrinas humanas, tanto quanto la sabiduría divina es superior á la nuestra. Cuánta profundidad en efecto no se encuentra en éste precepto tan sencillo al parecer: « Amarás al Señor  
« tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma,  
« y todas tus fuerzas: este es el primero y el  
« máximo precepto. El segundo es semejante á

<sup>1</sup> Psalm. XXXV, 10.

<sup>2</sup> *Ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium.* MATTH. VIII, 12 y XXII, 13.



« este : Amarás á tu prójimo como á ti mismo : » El hombre, semejante á Dios, debe ser amado con un amor semejante á aquel que debemos á Dios, pero no con un amor igual : porque ha de reinar entre estos dos amores la misma distancia que hay desde una imágen á su modelo. Con una palabra nos enseñó Jesucristo, llamándonos á nuestro origen, cuya grandeza es el título mismo de nuestra dependencia. « Estos dos mandamientos encierran en sí toda la ley y los profetas, » quiere decir, que abrazan á una vez la sociedad presente y la eterna, cuya entrada vino á abrirnos el Mediador, anunciado por los profetas.

Dios, infinitamente perfecto ú soberanamente amable se ama á sí mismo con un amor infinito : y esta es la ley del orden que debe regir al hombre, como rige al mismo Dios. Es indigno de él

<sup>1</sup> *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animá tuá, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuá. (LUC. X, 27.) — Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic : Diliges proximum tuum sicut te ipsum. MATTH. XXII, 38, 39.*

<sup>2</sup> *In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ. MATTH. XXII, 40.*

todo amor limitado. El es el bien por excelencia, el bien sin medida, el único bien, y por consiguiente el único fin á que deben dirigirse todos nuestros deseos y todos nuestros afectos. Debemos amarle mas que á todas las cosas, mas que á nosotros mismos, ya por causa de nuestra imperfeccion, y ya tambien porque no siendo nosotros nuestro bien para nosotros mismos, si nos amamos como debemos, debe este amor ilustrado dirigirse hácia Dios, y detenerse y fijarse en él por el interes mismo de nuestro bienestar. Es necesario que nosotros nos amemos en él, como él se ama en nosotros; que nada amemos sino por él, y que le amemos á él mismo como él se ama. ¡O profundo misterio! porque ¿dónde encontrará el hombre, siendo tan flaco y pobre, el amor infinito que debe á Dios? ¿Cómo se desquitará de esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida solo puede conocer su impotencia. Sin embargo ¡ó hombre! cobra valor : lo que á ti es imposible, es fácil á Dios: ¿No

<sup>1</sup> *Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum. LUC. XVIII, 27.*



te hallabas naturalmente en igual impotencia de conocerle? Te ha enviado á su Hijo y tú le conoces plenamente por la fe. Este Hijo divino, unido á su padre, te enviará el Espíritu que los une, para remediar tu flaqueza: <sup>1</sup> y así como conoces á Dios por su Verbo, le amarás por su amor. Uniéndose á ti este amor substancial, divinizará tu amor, le revestirá del carácter de infinito, que es solo el que puede hacerle digno de Dios. Entrarás así tambien en la sociedad inmortal de los *verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y verdad*; <sup>2</sup> es decir, por su Verbo, que es verdad, <sup>3</sup> y por su Espíritu que es amor: *porque la verdad se ha realizado por Jesus,* <sup>4</sup> *y el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por su espíritu que se nos ha dado.* <sup>5</sup>

El segundo mandamiento es semejante al pri-

<sup>1</sup> *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. Epist. ad Rom. VIII, 26.*

<sup>2</sup> *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. JOAN. IV, 23.*

<sup>3</sup> *Christus est veritas. JOAN. Epist. I, V, 6.*

<sup>4</sup> *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est. JOAN. I, 17.*

<sup>5</sup> *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spi-*

mero: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.* Siendo todos los hombres iguales por naturaleza, ó igualmente perfectos, tienen derecho á un amor igual. Seria una violacion del orden la preferencia que cualquiera de ellos se tomase, no estando fundada en ninguna superioridad de naturaleza. He aquí el principio de ese sentimiento sublime que se llama humanidad, sentimiento nacido del Cristianismo, y que extiende á todo el género humano el amor que cada hombre se tiene á sí mismo.

No quiere decir esto que la Religion destruya los afectos de familia, ni el noble amor de la pátria; por el contrario convierte en obligacion la inclinacion natural; la fortifica arreglándola, y estorba degenerare en pasion exclusiva y desastrosa, subordinándola á esta gran ley general: deben preferirse todos á algunos, la pátria á la familia, el género humano á la pátria, y la sociedad eterna á la sociedad presente.

« Es perfecto el orden, » dice Bossuet, « si se ama á Dios mas que á sí mismo, á sí mismo

*ritum sanctum qui datus est nobis. Epist. ad Rom. V, 5.*



« por Dios, al prójimo no por sí mismo, sino como á sí mismo por Dios. » En esto se encierra toda virtud. <sup>1</sup>

El amor sin regla es egoismo, esto es, una preferencia absoluta de sí mismo á sus semejantes y á Dios. El amor arreglado por las solas leyes de la sociedad presente, es humanidad, ó amor igual de todos los hombres, á causa de la igualdad de la naturaleza. El amor arreglado por las leyes de la sociedad eterna, es caridad; sentimiento de un todo divino, pues que no es otra cosa que el amor mismo de Dios al hombre.

*Dios ha amado al hombre hasta dar su hijo unico, para ganarle la vida eterna.* <sup>2</sup> El hombre pues debe amar al hombre, hasta sacrificarle todo, y aun la vida, para procurarle esta vida inmortal.

Y como ella no es otra cosa que la posesion de Dios, ó del soberano bien, el hombre nada debe amar, ni aun á sí mismo, sino con miras

<sup>1</sup> *Méditations sur l'Evangile*, tom. I. pág. 473, edic. en-12.

<sup>2</sup> *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credidit in eum, non pereat, sed habent vitam æternam.* JOAN III, 16.

hacia este último fin. Todo cuanto le separa de él es un mal y debe aborrecerlo, todo cuanto solo tiene relacion con una existencia pasagera, no es un bien verdadero, y el orden inflexible le prohíbe apegar á él su corazon. « El tiempo es corto », dice el apóstol, y la naturaleza nos lo repite todos los dias; y todos los dias la muerte con mano de hierro graba sobre mil tumbas esta grande leccion: « El tiempo es corto: lo que resta es, que los que tienen mugeres, sean como si no las tuviesen: y los que lloran, como si no llorasen: y los que se alegran, como si no se alegrasen: y los que compran, como si no poseyesen: y los que usan de este mundo como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo. »; Infeliz de aquel que viciase su amor, dejándole perderse y encenagarse en este mundo que pasa! porque cuando dentro de poco haya

<sup>1</sup> *Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquàm non habentes sint: et qui flent, tanquàm non flentes: et qui gaudent, tanquàm non gaudentes: et qui emunt, tanquàm non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquàm non utantur: præterit enim figura hujus mundi.* Ep. I ad Cor., VII, 29, 31.



pasado, ¿ qué quedará á esta alma miserable, sino un vacío infinito y en una separacion eterna de Dios, la imposibilidad eterna de amarle?

El mismo principio que desordena nuestra inteligencia, desarregla tambien nuestro corazon. El orgullo ú desconcierto de la razon, por el cual nos queremos hacer superiores á todo, produce la concupiscencia, ó el desarreglo del amor, por el cual nos amamos á nosotros mismos mas que á todas las cosas; primero mas que á nuestros semejantes, y luego mas que á Dios; Exceso extraño! Pero así sucede. El hombre llega á tributarse un culto exclusivo de amor, y un culto igualmente excesivo de admiracion. Pagado de su propia excelencia, se ama sin regla ni medida; y al punto, juzgando de los bienes y males con respecto á su naturaleza corrompida, llama bien todo lo que lisonjea su orgullo y sus sentidos, y mal todo lo que los molesta. La gloria, riquezas y deleites, aun los mas vergonzosos, he aqui lo que esta criatura inmortal buscará como su fin; y con los ojos fijos sobre un metal vil, el oido ansiosamente atento á un ruido vano de reputacion, decidirá en sí misma,

que hay mas perfeccion ó bien real, en este ruido que la embriaga, ó en aquella pieza de oro que codicia, que en el Criador de los mundos y la fuente eterna de todo bien. ¡ Y Dios podría ser insensible á tal ultraje! ¡ Aquel, á quien el orden obliga á querer ser amado como el se ama, aceptaria, ó los desechos del amor que las pasiones saciadas le abandonan con desden, ó la indiferencia, ó el odio! No; esto tambien es engañarse demasiado. El que desprecia el soberano bien, no debe prometerse ni esperar sino el soberano mal. No hay gracia, ni perdón para este crimen que los encierra todos. *Al que habla contra el Hijo del hombre puede perdonársele su culpa*, porque puede todavia volver á la verdad por el amor: *pero el que habla contra el Espíritu santo*, el que se endurece obstinadamente contra el amor mismo; este queda sin recurso ni esperanza; porque ¿ quién podrá hacerle volver en sí, habiendo resistido juntamente á la luz de la verdad, y á las inspiraciones del amor? Dios mismo nada puede ya sobre él; ha agotado el poder y la misericordia del Ser infinito; y su pecado que envuelve en sí